

Excitándole afectos horrorosos.
En tanto las prisiones
Va tejiendo Serpina
Con trinos dulces y expresión divina.
¡Cuán en vano á la entena
El precavido Ulises se amarrara,
Si hubiera una sirena
En la playa arenosa
Que tonos tan suaves modulara!
Con rabia generosa
Sus lazos deshiciera,
Y hácia sus brazos con afán corriera.
Cual otro Timoteo,
Que el alma de Alejandro conmovía
A par de su deseo,
Serpina la de Uberto
Mueve con su canora melodía,
Con tal gracia y concierto,
Que no hay pasión altiva
Que de ella el movimiento no reciba.
El joven desdichado,
Ya tiembla, ya desmaya, ya se agita,
Ya todo trastornado
Se confiesa cautivo,
Y con ansia á sus pies se precipita.
Mírale compasivo
Amor, le da un abrazo,
Y con Serpina le une en dulce lazo.
Serpina, ya has vencido;
Ya el Amor tu victoria ha coronado;
Uberto, conmovido
Al encanto suave
De tu halagüeña voz, se ha desarmado.
Pues, si fingiendo sabe
Vencer de esa manera,
Si cantase verdad, ¡ay Dios! qué hiciera!

LA QUICÁIDA, POEMA HERÓICO-CÓMICO.

CANTO PRIMERO.

Canto el enojo y el cruel despecho
Que produjo una rosa de cien hojas
En el sensible pecho
De la graciosa Quica; sus congojas,
Sus guerras y su triunfo, y muy de véras
En tono grave canto frioleras.
Oh Musa, que á los pechos aquejados
Pones delante la agradable risa,
Y lanzas al Averno á toda prisa
Los negros melancólicos cuidados,
Mi tibio pecho inflama,
Y en mi labio derrama
Con abundancia tanta tus gracejos,
Que se estiren los tristes sobrecejos
Al escuchar mi canto,
Del modo que lo hicieron
Los que á Villaviciosa y Tomé (1) oyeron.
Declárame entre tanto
Cuál fué el principio y los motivos graves
De guerra tan funesta,
Pues Briséida, arrancada de las naves,
No ocasionó, cual esta
Infantá flor, á griegos y troyanos
Llantos tan tristes, males tan tiranos,
¡Qué! ¡Pechos femeniles
Abrigas iras cual la tivó Aquiles?
El de la hermosa Quica generoso
No puede hallar reposo
Desde el punto que vido
Lo mismo que juzgó jamas vería.
Sobre un sofá mullido,
Envidia del monarca de Turquía,

(1) Parece ocioso advertir que aquí alude NOROÑA á los dos famosos poemas burlescos de Villaviciosa y Tomé de Burguillos (Lope de Vega), *La Moscuca* y *La Gatomúquita*. (Nota del Colector.)

Su fatigado cuerpo recostaba
Con lánguido abandono,
Y echada como estaba,
Quejose al aire así con triste tono:
«¡Qué es esto, Quica! ¡Qué feroz destino
Ahora te persigue, te atormenta!
Tu imperio á tierra vino;
Como sombra fugaz de ti se ahuyenta
La pompa que tenías
En más felices días;
Ya todo se ha trocado;
¡Ese rostro, de todos alabado,
Esa rara destreza inimitable
En el antiguo amable,
Paspie majestuoso,
Flamante bullicioso,
Y en el rey de los bailes, el ligero,
El agitado, el rápido bolero;
Tu gracia en el vestir, tu garbo y aire;
Tu fino gusto en la invención de modas,
Con asombro de todas;
Tu cantar con donaire
E infatigable pecho,
Y tantos dones juntos que se han hecho?
Una muchacha extraña, una insolente
Todas estas mis prendas ha eclipsado;
Ella me arranca el cetro fieramente,
Que con tanta razón tuve empuñado,
Con la invención más rara que se ha visto.
¿Y yo lo veo, cielos, y resisto?
Ahora, que los vientos irritados
Roban de los jardines y los prados
El color y frescura,
Esa vil criatura
En medio de Jerez con una rosa,
Que al mayo diera lustre, se pasea,
Estirase y pompea,
Y á todos se la muestra jactanciosa.
Al verla en el invierno así adornada,
Quién por Venus la tiene, quién por Flora,
Quién la dice una cosa regalada,
Quién con chistes agudos la enamora,
Quién se humilla, quién muestra el pecho blando,
Y yo mientras estoy aquí rabiando.
La vana Presunción que, rodeada
De vientos y fantásticas visiones,
Suele hacer gran morada
En casa de los miseros mandones,
A los ricos visita,
Con el fingido literato habita,
Ama al adonis, á los nobles quiere,
Y sobre todo á la mujer prefiere,
Pues nunca abandonó su compañía,
Oye el triste clamor que Quica envía;
Y al punto va volando,
Cual leona feroz, que el grito escucha
De los cachorros que la están robando.
Cubre su frente enorme
De largas tocas y monjil capucha,
Su cuerpo achica al de mujer conforme,
Y pone su semblante
En todo semejante
A la antigua criada Rosalía,
Que en la casa vivía
Mucho antes que la abuela
De Quica se casara;
Por eso en su crianza se desvela.
Entra la diosa, y al entrar repara
El magnífico adorno
Que resplandee en torno,
Y exclama, rebotando de alegría:
«Bien reconozco que eres,
En tu casa, tus galas y placeres,
Digna de que te llamen hija mía.»
A esta postrera voz tan halagüeña,
Su cabeza levanta, y enclavando
Sus ojos en los suyos, «Oh tú, dueña,
La dice sollozando,
A quien unida estoy desde la cuna
Testigo de mi fama y mi fortuna
Mírame derribada
Desde los altos cuernos de la luna

Hasta la misma nada.
Una niña, una rosa....
—Basta, responde, basta;
Ya sé cuál es tu llaga dolorosa.
Pero dime, ¿qué cosa
Un pecho generoso no contrasta?
Mas antes, porque veas cuán ligera
Te entregas al dolor, deja ese blando
Y perezoso asiento,
Donde estás con molición reposando;
Levántate, los pasos acelera.»
Dice, la ayuda, anima, y al momento
Le presenta un gran campo de batalla,
Empieza Rosalía, y Quica calla:
«Ese escuadrón primero
Que miras ahí frontero,
Mil vasos lo componen,
De las entrañas del Perú formados
Y con destreza y gusto cincelados;
Allí en unidas filas se disponen
Enjambres de alfileres aguzados,
Cintas de mil colores,
Ya en el Sena anchuroso,
Ya en el revuelto Támesis nacidas,
Esencias de las flores
Aun más fragantes que en el Mayo hermoso,
Gasas de Flandes ó de Leon traídas.
Allí se muestran firmes combatientes
De plumas y garzotas diferentes,
A este lado repara que á millares
Están polvos, pomadas y lunares,
Al otro la copiosa artillería
Que rica Ormuz envía;
Aquí se halla el diamante poderoso,
El ardiente rubí, verde esmeralda,
El topacio amarillo cual la gualda,
Zafiro jactancioso,
Purpurado jacinto,
Todos en escuadrón no bien distinto,
Cual campeones fieros
Hacen brillar los bárbaros aceros,
A cuya alfiva vista
No hay pecho tan feroz que se resista.
Todas estas valientes huestes, Quica,
Están á tus mandatos siempre atentas;
Ordena pues, dispon, preven, indica,
Verás cómo al combate van contentas.
Ni tremendo cañón, ni aguda pica
Detendrán su vigor; porque, sedientas
De laurel inmortál, de eterna gloria,
Te darán sin remedio la victoria.
Cuál será Atlante del batido pelo,
Cuál ornarále con cien mil labores,
Cuál como estrella brillará en tu cielo,
Y cuál, para inspirar dulces amores,
En tu rostro, en tu pecho, con anhelo
Pondrá reclamos, formará primores,
De modo que se rinda el más osado,
¡Y aun tu espíritu se halla desmayado!»
Dijo, y siguióse un rato de silencio;
Mas Quica, con larguísimo suspiro,
«Tu dictámen, responde, reverencio;
Ese ejército admiro;
Mas faltame el campeon por quien deliro,
Fáltame aquella rosa....»
¡Serás con ella acaso más hermosa?»
Llena de rabia, la deidad replica.
Estremeciése Quica.
Entonces la fingida Rosalía
Deseorre el claro velo,
Que el inciente cristal les encubría.
¡Cuál fué la admiración, cuál el consuelo
Que tuvo la heroína
Al ver su rostro al vivo retratado!
Admira la tez fina,
El color entre leche sonrosado,
La lumbré de sus ojos centellante,
Su boca reducida,
Que al más cobarde con ardor convida
A robos amorosos al instante;
Quédase sorprendida y admirada;
Mas volviendo del éxtasis, «de nada

Me sirve, Rosalía, exclama ¡ay triste!
Hermosura fatal, que no resistes
Al poderoso encanto de una rosa;
Pues la pena de verse así vencida
Se aumenta á proporcion de ser hermosa.
Si el hijo de Priamo no excediera
A griegos y troyanos
En valor y en esfuerzo, fueran vanos
Los trofeos que Aquiles consiguiere;
Así Tírsis consigue mayor gloria
Y tiene mayor triunfo en su victoria,
Pues quita, quiebra, rompe, despedaza
Las macetas, las rosas que conserva,
A ninguna reserva.»
Esto dice. La diosa llega, abraza
A la afligida Quica, da la un beso,
Y luego se convierte en humo espeso.
Sintiése, con su tacto, trastornada
La heroína, hasta entonces envidiada,
Y que, hinchándose el cuerpo por momentos,
Ni en sí ni en su aposento ya cabía.
Conoció la deidad, y cuando huía
Dirigíola estos miseros lamentos:
«¡También tú eres conmigo rigurosa?
¿Te burlas de mis males,
Tomando una apariencia mentirosa?
¿Huyes de mí, me dejas,
Como suele el común de los mortales,
Entregada á mis quejas?
¿Por qué no quieres, diosa,
Cual madre cariñosa,
Desahogue en tu pecho su amargura
Una hija que te adora con ternura?»
La deidad, con su llanto conmovida,
Aunque estaba resuelta en aire vano,
Esparcíó con dulzura y franca mano
En torno el corazón de su querida
Un suave rocío,
Para que nunca su constante brío
En ella desmayara,
Aunque la tarda senectud llegara.
No quedó don Quijote tan ufano
Cuando se vió por mano
Del socarrón ventero
Armado en un instante caballero,
Porque emprender proezas ya podía,
Y dar cabo al proyecto que tenía,
De hacer resucitar en toda España
La andante feudal caballería;
Como Quica al pensar la traza extraña
Que para su consuelo dió la diosa.
Pensaba en una empresa tan gloriosa,
Y, no sabiendo á quién fiar la hazaña,
Sorprendíola la noche tenebrosa.
Ya estaban los magníficos salones
De su inmenso palacio
Con tanta claridad como de día;
Gentes de todos sexos y naciones
Ocupaban su espacio,
Y esta graciosa diferencia hacia
De mil modos variar las diversiones.
Unos, mil vueltas dando á la *Gaceta*,
Discurren del estado de la Europa
Y las nuevas que trajo la estafeta;
Del nervio de la tropa,
La marina, el comercio y el dinero;
Otros, en un estilo más ligero,
Tratan de modas, cintas y colores;
Estos, no gustan sino hablar de amores;
Aquéllos, dos á dos apareados,
Y á las esquinas de un altar sentados,
Ofrecen incesantes sacrificios
A las deidades que Bilhan compuso,
Madres horrendas de funestos vicios.
Cuatro naciones entre sí dispuso,
Tan fieras, tan airadas,
Que nunca entre ellas hay paz ni concordia;
Hay agudas espadas,
Oros corrompedores,
Copas ardientes y robustos bastos,
Perpétuo manantial de la discordia,
¡Qué de guerras y horrores,

Qué de afanes y gastos
Nos conserva la historia
Que esta maldita casta ha motivado!
No obstante, con un modo sosegado
Riñen ahora sin causarse grima,
Cual suelen los que juegan á la esgrima.
A la otra parte jóvenes festivos
Explican con cantares expresivos
Cuanto el corazón siente,
Tocando la vihuela diestramente,
Como pudiera Orfeo;
En este del placer dulce museo,
Cada cual contentar su hincor procura;
Cual ríe, cual discurre, cual murmura.
En tanto la matrona, que un instante
Del corazón no aparta su tormento,
Que cavila en la rosa, y el momento
En que ha de verse con honor triunfante,
Las anchurosas salas rodeando
Con sus ojos ardientes,
Nota y señala del inmenso bando
Los bravos combatientes,
Capaces de acabar tan alta empresa,
Y entre la turba espesa
Elige á Nuño, Mendo y Pardo, iguales
En edad, condicion y hazañas tales,
Por lo cual se promete
Salir con bien del hecho que acomete.
Llámalos la amazona, y dividiendo
Dos puertas de cristal, los introduce
Paso tras paso, sin causar estruendo,
A un lindo gabinete, donde luce
El fino gusto á par de la riqueza.
Cierra, callan, atienden, y ella empieza:
« Ilustres campeones,
No pretendo moveros con razones
Ni elocuencia estudiada;
Una mujer os habla, y agraviada.
Su sexo, vuestro honor y el alto hecho,
Digno de heróico pecho,
Encenderá mejor el fuerte brío
Que aguardo ahora para alivio mio.....»
Los tres estaban sin chistar oyendo
Aquel exordio extraño y estupendo;
Pero con la venida
De Clara, la oración fué interrumpida.
Clara, sacerdotisa, cuyo oficio
Era á tal hora hacer un sacrificio
Sobre una ara preciosa,
Cubierta de manteles alemanes,
Deposita la ofrenda deliciosa
Con puros reverentes ademanes;
Aquí pone oficiosa
Tazas de China en oro perfiladas;
Allí un grande monton de relanadas
Sufiles en extremo,
Pero muy bien tostadas;
Más allá se levanta,
Tal como el promontorio Caridemo (1),
Otro mejor de béglica manteca;
No se vió copia tanta
De peregrinos desde Ceca á Meca,
Como aquí de vasijas é instrumentos.
Pero en medio se eleva por momentos
Un celeste vapor, que derramado
En torno, da vigor al más postrado.
¿Quién, pues, será este agente poderoso,
Que sorprende al senado
Con un modo tan raro y delicioso?
¿Quién, sino el chino té, cuya dulzura
Al estómago débil asegura,
La sangre purifica
Y el corazón caído fortifica?
Llenan las tazas del licor sagrado,
Las vacian de contado;
Mas haciendo, con una, Quica pausa,
« Escuchad, exclamó, cuál es la causa
De haberos en tal sitio reunido.
Hasta ahora he tenido
El imperio entre todas las mujeres.

(1) El cabo de Gata.

¿Qué gustos, qué placeres,
Qué ofrendas, qué oblaciones
No debí á los humanos corazones!
Mas ¡ay! que ya mis glorias se acabaron,
Mis dias ya pasaron;
Si por acaso hubiera
Robado mi vigor la vejez fria,
O mi semblante demudado viera,
Por cierto entónces no me quejaria;
Pues tengo un corazón bastante fuerte
Para arrostrar los años y aun la muerte.
Pero una niña astuta, una insolente,
Ornando el pecho altivo con la rosa
Más fresca, más hermosa
Que en jardín se crió con dulce ambiente,
Encantada sin duda,
Mi erguido trono á su aposento muda,
Donde acuden enjambres numerosos
De jóvenes que á mí dieron incienso;
En vosotros, que siempre valerosos
Seguisteis mis banderas,
Remedio á mis pesares hallar pienso,
Curando mis heridas lastimeras.
No os acobarde el hecho que medito;
Para subir al templo de la Fama
Hay trabajo infinito,
Y héroe sólo se llama
El que arrostra peligros, como Alcides,
Saliendo vencedor de todas lides.
Esta noche, fortísimos varones,
Armados de valor y sufrimiento,
Quisiera que asaltáseis los balcones
De esa Tírsa, arrancando de cimiento
Cuántas rosas mantiene en sus macetas.
Cual fieros masajetas (2),
Que, despues de ganar una victoria,
Tronzan, destruyen, rompen desbaratan,
Hieren, mutilan, atropellan, matan
Con crueldad notoria,
Y nada se ve exento de su furia;
Así, para vengar mi grave injuria,
Quiero en vosotros un igual coraje;
Cada cual quiebre y con furor desgaje
Los capullos, renuevos y botones.
Esto una dama os ruega, campeones.»
Dijo; y tomando Nuño en la robusta
Mano una taza, con vigor exclama:
« Por este soberano té divino,
Que tanto fortalece al que le gusta,
Por aquella gloriosa sacra llama,
Que en derredor se eleva de continuo
Cuando para beberlo se prepara,
Hermosa Quica, juro
Con el ardor más puro,
Que ha de ser mi venganza la más rara.
Tú serás esta noche complacida;
Rosa ni tallo quedará con vida.»
Dijo; y haciendo con la propia taza
Una pequeña libación, la entrega
A sus dos compañeros,
Y así que la gustaron,
Del mismo modo en el altar juraron.
Con votos tan ardientes, tan sinceros,
Quedó Quica bañada de alegría.
Ya entónces se sentía
Del látigo sonoro el estallido,
El parar las carrozas, con el ruido
De pajes impacientes,
En buscar á sus amas diligentes,
Dando prisa por irse.
Empieza cada cual á despedirse
Con rancio fastidioso cumplimiento,
Y vacian el palacio en un momento.

CANTO II.

La oscura noche á todo andar corria,
Y á todos los vivientes sumergía
En un pesado sueño,

(2) Pueblo orimdo de la Escitia, y de costumbres bárbaras, como los godos, los hunos y los vándalos. (Nota del Colector.)

Quando los tres, constantes en su empeño,
Parten para la empresa proyectada,
Y haciendo una parada
En medio de una plaza, convecina
De la calle do el hado los destina,
El locuaz Nuño, como si no hubiera
Otra cosa que hacer, de esta manera
Discurre con sus caros compañeros:
« ¿Quién sabe si en los siglos venideros,
Haciéndose famosa nuestra historia
Y digna de tenerse en la memoria,
El autor encargado
De cantar una hazaña tan gloriosa,
En dulces versos ó acendrada prosa
Dirá con un estilo levantado:
Era de noche, y en profundo sueño
Los fatigados cuerpos reposaban;
Las selvas, llenas del antiguo leño,
Y los inquietos mares descansaban;
En un deliquio blando y halagüeño
Hombres, aves y fieras se encontraban;
Huían de la mente los cuidados
Y estaban los trabajos olvidados,
Quando los tres valientes campeones,
En fe de su promesa y juramento,
Olvidando los mórbidos colechones,
Salieron presurosos á su intento;
Asaltando de Tírsa los balcones,
Las rosas y renuevos al momento
Con manos atrevidas arrancaron,
Complacieron á Quica, la vengaron.
¡Dichosa edad! ¡Oh siglo venturoso,
En que saldrán á luz tales hazañas,
Dignas de que un Homero sonoro
Las cante á las naciones más extrañas!
Yo preveo este dia tan glorioso.
Tienes, Nuño, razon; no, no te engañas;
No el rapto violador de las Sabinas
Se igualará jamas al que imaginas.»
Calló Nuño, sin duda satisfecho
De su larga oracion, de su elocuencia;
Pero Mendo no pudo con paciencia
Retener en su pecho
La risa, con sus frases excitada,
Y soltó una tremenda careajada.
Cual suele resonar el seco trueno
En techo embovedado,
Haciendo estremecer todo el terreno,
Retumbó aquel reir inmoderado
Por los ángulos todos de la plaza,
Sin que para acabar hubiese traza.
El venenoso Chisme, que yacia
En los toscos umbrales
De una bien inmediata escribanía,
Despertó á risas tales,
Y escuchó á su sabor cuanto decia
La hueste de las rosas destructora.
Con planta voladora
Encaminase en busca del Desvelo.
Halla un palacio que parece al cielo
Escalar con su mole suntuosa;
Entre gruesas columnas granadinas,
De terso jaspe y en color sanguinas,
Se revuelve la puerta poderosa,
Cubierta y tachonada
De aromático cedro y bronce duro;
Esta, cual fuerte muro,
Impidiendo la entrada
A toda alma viviente,
Un angusto silencio allí conserva.
El Chisme, que lo observa,
Métese prestamente
Por los resquicios breves de sus juntas;
Que no hay espadas con agudas puntas,
Ni cañon, ni muralla, ni ancho foso,
Que detengan al Chisme venenoso.
Penetra los salones interiores,
Donde admira riquezas y primores,
Griegas estatuas, láminas, pinturas
De los más celebrados profesores,
Flamencas colgaduras,
Alfombras turcas, cómodos asientos,

Con plumas mejicanas rellenos;
Espejos en la Granja trabajados,
Y otros muchos portentosos;
Sigue con pasos lentos
Hasta hallar una alcoba retirada,
Del aire, el sol y el ruido resguardada:
En medio se levanta un rico lecho,
Sin duda de algun hombre de provecho,
Mullido, terso, holgado,
De pomposas cortinas rodeado.
« Aquí, aquí, dice el Chisme, está el Desvelo.»
Va á pisar el umbral, y da en el suelo.
« ¿Quién se interpone aquí? ¿Quién, atrevido,
Me impide el paso?», exclama enfurecido.
La Indolencia, la puerta atravesando,
Yacia allí roncando.
Con el fatal tropiezo
Sacude el sueño blando
Con un perezosísimo bostezo,
Y entreabriendo sus ojos adormidos,
Al Chisme presta oídos,
E informada del fin de su venida,
Le dice así con voz desfallecida:
« ¡También tú, alucinado
Por las acaloradas descripciones
De los poetas pobres, has juzgado
Que en soberbios salones,
Entre el rico artesón y el estucado,
Habitan el Desvelo y el Cuidado?
¡Qué error! ¡Qué desatino!
Solo yo reino aquí. Mi dulce trono
Está aquí de continuo.
Aquí vivo, aquí mando, aquí doy tono,
Y nada se hace aquí sin mi atención.
Esta es la casa, en fin, de la Indolencia.
¿Qué le importa al señor que, sumergido
En la triste indigencia,
Carezca de sustento el desvalido,
Si mantiene una mesa en que á millares
Se sirven los manjares
Por el arte variados
Y con nombres extraños bantizados;
Ni que la sed ardiente
Al jornalero aqueje y atormente,
Si, ajeno de pesares y sudores,
Le envían sus viñedos, liberales,
Mil fragrantés licores,
Que apagan sus ardores
En medio de las cenas bacanales?
Su casa, sus alhajas, su vestido,
Su mueblaje fastoso,
Su coche primoroso,
En Lóndres construido,
Al estilo de China charolado
Y de recios frisonos arrastrado;
Sus banquetes, su lujo, sus placeres,
Dando envidia á los hombres
Y excitando el deseo á las mujeres,
Es sólo lo que llena sus ideas.
No le deleitan los gloriosos nombres
Que se adquieren en bárbaras peleas,
Ni al mundo todo estima en una paja,
Ni nada le desvela;
Por el ajeno bien jamas anhela,
Ni aun para sí trabaja;
Que el egoísmo fino de que abunda,
Hace que goce de una paz profunda.
Así, no vengas con falaz estilo
Y susurro insinuante, malicioso,
Ahora á perturbar el dulce asilo
Del eternal reposo.
Busca, busca al Desvelo
En casa de un mortal meditando,
Que con ardiente celo
Trabaje en hacer bien á todo el mundo;
Cuyo color caído y macilento
Te haga ver al momento
Que sólo le consuela
La dicha de los otros; y así, pasa
El dia con afán, la noche en vela.
Y al instante te marcha de esta casa;
Pues éste es un hablar demasiado

En contra de lo usado
 Por mí y por mis secuaces indolentes.»
 Quedósele la voz entre los dientes,
 E inclinando de pronto la cabeza,
 Suspira, se espereza,
 Se recuesta, se duerme y da un ronquido.
 Desengañado el Chisme y aturdido,
 Sálese del palacio suntuoso,
 Y busca presuroso
 Al Desvelo en estancia ménos rica,
 Corre las calles y el oído aplica,
 Mas todo se halla en sueño sepultado;
 Y cuando, ya cansado,
 Desesperando va de tal empresa,
 Al encuentro le sale á toda priesa
 El ansiado Desvelo;
 El gusto y pasmo lo volvió de hielo.
 Lleva el Dios la cabeza coronada
 De cien brillantes ojos veladores,
 Que adormecer no puede jamas nada;
 Antes bien con sus puros resplandores
 Deshace la pereza, y disipada
 En átomos sutiles y vapores,
 Da á la imaginacion gran movimiento,
 Sin dejarla parar sólo un momento;
 «¿Qué me quieres? le dice; aquí me tienes.»
 El Chisme entonces: «Uno de los bienes
 Más grandes que jamas he deseado.
 Veo marchar con paso acelerado
 Tres guerreros robustos
 En contra de placeres y de gustos.
 No vomitó el Averno tenebroso
 Nunca monstruos mayores.
 Son nada los horrores,
 Que sufrieron con pecho valeroso
 Y admirable constancia
 Troya, Astapa (1), Sagunto
 Y la inmortal Numancia,
 Con aquellos que ahora yo barrunto,
 ¡Con qué extraña algazara,
 Con qué alegría marchan y alborozol
 Cada cual se prepara
 A que exceda á los otros su destrozo.
 ¡Oh pérfidos Sinones (2),
 De noche ejecutais vuestras traiciones!
 Una pobre inocente está durmiendo,
 Bien ajena por cierto del tremendo
 Escuadron que á su casa se encamina;
 Y en tanto, meditando su ruina,
 Previénense asechanzas,
 Largas escalas, hierros belicosos,
 Asaltos, robos, bárbaras venganzas,
 Y un sin fin de pesares horrorosos;
 Llenarase la triste de quebranto.
 ¡Qué rabias, qué chillidos y qué llanto!
 Apurará sus frases mujerieles,
 Y las angustias contaránse á miles.
 Yo acabo de escucharlo,
 Acabo de mirar la hueste altiva;
 No tienes que dudarlo,
 Si no lo estorbas tú con mano activa,
 Esta noche será, por desastrada,
 En los fastos del mundo señalada.»
 Escuchaba el Desvelo embebecido
 Sin menear los ojos, aunque atento,
 Ni apartar el oído
 Al empezado cuento;
 Y viendo no acababa,
 Con voz le dijo amenazante y brava:
 «O acabas, ó despierto
 De su largo letargo á los mortales,
 Para que lleguen á saber de cierto
 Que eres el más horrible de los males.»

(1) *Astapa*, nombre romano de *Estapa*, en la provincia de Sevilla. Como los saguntinos, los habitantes de *Astapa*, cercados por Lucio Marcio, perecieron todos abrasados en una hoguera, por no rendirse al general romano. (Nota del Colector.)

(2) *Sinon*, aquel guerrero griego que, fingiéndose perseguido por sus compatriotas, persuadió á los troyanos á que introdujeran en la ciudad el famoso caballo de madera, cuyas puertas abrió durante la noche. El nombre de *Sinon* se hizo proverbial como prototipo de la perfidia. (Id. id.)

El Chisme, al escuchar esta sentencia,
 Á temblar empezó con la violencia
 Con que suele agitarse el desdichado
 Que en las minas de azogue ha trabajado.
 Y así el tema siguió con voz sumisa:
 «Tu persona ¡oh Desvelo! me es precisa,
 Porque robar intentan unas rosas,
 Que nunca las he visto más hermosas.
 Despierta á la ofendida,
 Y la trama será desvanecida.»
 El Desvelo, más blando y mesurado,
 Conviene de contado,
 Y, transformados ambos en mosquitos,
 Vuelan en busca del dorado lecho
 En que Tirsa descansa dulcemente.
 El Silencio, con pasos muy queditos,
 Se acerca, y oye el hecho
 Por estos turbadores meditado;
 Se agita extrañamente,
 Porque teme que al grito destemplado
 De Tirsa, será al punto desterrado,
 Ocupando su trono,
 El confuso Rumor con alto tono;
 Y vuelto hácia la Noche,
 Que entre nubes guiaba el tardo coche,
 «¿Y permites, le dice, que el Desvelo,
 Tu enemigo mayor, mueva una guerra
 Que cause espanto al suelo
 Y cubra de cadáveres la tierra?
 Acude, acorre, aguija
 Tus caballos valientes; que el azote
 Del látigo sonante los alija;
 No los lleves al trote,
 Sino al escape, con doblada rienda,
 Como escuadrones que entran en contienda.»
 Esto dijo el Silencio, resentido,
 Y sólo de la Noche tenebrosa
 Fué su lamento oído,
 Cual hijo de su madre cariñosa.
 Detuvo el fuerte carro, y contemplando
 Desde su regio asiento
 El fiero encono de uno y otro bando,
 Revolvió el agitado pensamiento,
 Y temió con razon que, interrumpido
 Su tranquilo sosiego,
 Se renovase el ardimiento griego
 Cuando el sagrado Hion fué destruido.
 Por una parte mira á los guerreros,
 Que caminan ligeros
 A la empresa feroz, cuya osadía
 Causará espanto al venidero día.
 Contempla á Nuño y Pardo, que animosos,
 Sostienen en sus hombros poderosos,
 Sin la menor señal de sobresalto,
 La escalera fatal para el asalto,
 Y que Mendo, su jefe, como experto,
 Los conduce con orden y concierto.
 Pavor la hueste infunde, y con su peso
 Treme la tierra, gime el aire espeso,
 Pues en sus rostros, gestos y ademanes
 Brilla el fuego interior que los anima
 Por llegar á la cima
 Donde arriban tan pocos capitanes.
 Por otra parte ve cómo el Desvelo,
 Con resonante vuelo,
 Va á causar una alarma estrepitosa.
 Tirsa en su lecho con quietud reposa,
 Pues juzgando de todos ser amada,
 Sin sustos se inclinó sobre la almohada.
 Un sueño delicioso, un sueño blando
 Está sus finos miembros regalando;
 Contempla su placer, siente su pena,
 Y aunque un pesar terrible se le ordena,
 Lo juzga por menor que despertarla,
 No sólo por privarla
 De la dicha que goza dulcemente,
 Sino por el furor y rabia ardiente
 De que será animada
 En viendo su ventana profanada,
 Y porque, siendo al punto descubiertos
 Los fieros campeones,
 Habrá quien quiera enderezar entuertos,

Y desnudo saliendo á los balcones,
 Con broncos ecos y ademán horrible,
 Los llenará de injurias y baldones.
 Es la noche bondosa y apacible,
 Amiga del sosiego,
 Sumamente callada;
 Ella del amador oculta el fuego,
 Y por ella jamas se sabe nada;
 Sobre todo al honor guarda en extremo,
 Como el dón más supremo
 Del hombre, y no permite
 Que ninguno á ninguno se lo quite;
 Y así todos en ella se confían,
 Su mente revolvan
 Estas tan delicadas reflexiones;
 Mas al fin determina
 Favorecer los fieros campeones:
 Deja el carro de plomo á sus bridones,
 Más negros que la endrina;
 Encarga lo dirijan por el cielo,
 Y, extendiendo sus alas horrorosas,
 Con firme y presto vuelo
 En busca se encamina
 De la más altanera de las diosas;
 Encuéntrala metida
 En el cerebro reducido y vano
 De Quica, su querida:
 Allí trabaja con ardor insano
 En formar un precioso microscopio
 De un viento muy sutil, y el amor propio
 Que en su concavidad hay esparcido.
 Este, luego que sea construido,
 Servirá á las bellezas
 Que quieran contemplarse,
 Para que, anarceñadas sus cabezas,
 A fuerza de mirarse
 Se envanezcan de modo
 Que llenen de fastidio el mundo todo.
 Interrumpió la Noche su cuidado;
 Contóle de su gente
 El peligro inminente,
 Y ambas parten con vuelo apresurado
 A la casa de Tirsa, su contraria,
 Teatro de la guerra sangüinaria.
 Ya cerca se escuchaban los mosquitos,
 Y el eco de sus trompas resonantes
 Crecía por instantes,
 Produciéndoles sustos infinitos;
 Ya entre las densas sombras divisaban
 Las armadas cabezas y las zancas,
 A trechos negras y á pedazos blancas.
 De su proximidad casi temblaban,
 Cuando la Presuncion los escuadrones
 Convoca de fantásticas visiones,
 Y que cerquen la casa al punto ordena,
 No de otro modo un general refrena
 A la activa veloz caballería
 Cuando se echa con ánimo impetuoso.
 Reune presuroso
 Sus huestes, las encubre
 Con la más valerosa infantería;
 La fiera artillería
 Los ángulos y puntos flacos cubre,
 Y cuando le acomete
 El ardiente jinete,
 Halla un muro erizado
 De picas, bayonetas y cañones;
 Por uno y otro lado
 Revuelve los bridones,
 Por si encuentra algún flanco descubierto.
 Pero, viendo de cierto
 Su empresa ya frustrada,
 A su campo, corrida, da la vuelta
 Con batiente talon y rienda suelta.
 Las visiones así cubren la entrada
 De aquellos monstruos fieros,
 Que volaban ligeros
 En derredor la casa, no encontrando
 Ni puerta, ni ventana, ni resquicio
 Por donde cometer el hecho infando;
 Pues con maña sutil, con artificio,
 Todo estaba por ellas trastocado,

El escuadron alado,
 Perdida la paciencia y la esperanza,
 Retírase enfadado;
 Mas jura la venganza,
 Por la primera vez á boca llena
 La presuncion rióse,
 «¿Y habrá, dijo, quien ose
 Con pecho altivo ni con faz serena
 A competir conmigo?
 ¿Quién puede declararse mi enemigo,
 Sin que sea al instante
 Víctima de un deseo tan gigante?»
 Con estas reflexiones
 Hinchábase y crecía;
 La amable Noche oía,
 Sin dar respuesta alguna á sus razones,
 Y así, hablando aquélla sin concierto,
 Y ésta sin desplegar los secos labios,
 Huyeron los mosquitos como sabios,
 Y llegaron los tres al dulce puerto;
 Y, al ver ya comenzar la horrible guerra,
 Paróse el aire, se asombró la tierra,
 El cielo se quedó sin movimiento,
 Y estuvo todo á la batalla atento.

CANTO III.

«Hagamos alto», el fuerte Mendo dijo.
 Y, llenos de placer y gocejo,
 De sus valientes hombros derribaron
 La poderosa carga que tomaron.
 Largo espacio ocupaba
 La tremenda escalera;
 A par de ella gozosos se sentaron;
 Cada cual esperaba
 Que hablase el capitán; de esta manera
 Habló á la hueste valerosa y fiera:
 «Generosos amigos, compañeros
 De todas mis empresas juveniles,
 ¡Qué gusto me da veros
 Tan arrogantes como el mismo Aquiles!
 Mas temo que desmaye el ardimiento
 Por falta de calor ó de sustento;
 No os engañe el espíritu inflamado,
 Quien no frecuenta el trato delicado
 De Ceres y de Baco, no pelea.
 No me ocurre la idea
 De que no hayais cenado
 Con el fuerte apetito acostumbrado.
 Mas no basta; es preciso que apuremos
 En honor del gran Baco belicoso,
 Por el peligro enorme en que nos vemos,
 El licor de Marsella generoso.»
 El discurso aprobó la compañía
 Con general aplauso y alegría:
 Entonces Mendo saca del bolsillo
 Uno y otro frasquillo
 De rosoli fragante y aceitoso;
 Reparte vasos y el licor destila
 Gota á gota en su seno delicioso.
 Al punto despabila
 La trinca alegre frascos y más frascos
 Que moros despachó, rompiendo cascacos,
 Diego Perez de Vargas,
 Con el fudoso ramo de una encina;
 Por cuya fuerte hazaña peregrina
 Nombráronle Machuca en adelante.
 Así allí perecieron al instante
 De anís, canela, clavo, cinamomo,
 De nuez, naranja, de limon y amomo,
 Un sinfin de frasquillos marselleses.
 Ya aquellos campeones esforzados,
 Con tal fuego inflamados,
 Desprecian los reveses
 De la falaz fortuna;
 Ya sus ojos brillantes y animosos
 Demuestran que no temen cosa alguna;
 Ya piden el combate, ya furiosos
 Esgrimen cortadores instrumentos
 En contra de las rosas y macetas,
 ¡Tanto de gloria y fama están sedientos!
 Viendo Mendo sus tropas tan inquietas,

Dió la ansiada señal de acometida,
Al punto fué traída
La escala prodigiosa;
Arrimase á los muros, presurosa
La hueste se abalanza,
Todos quieren subir, con la esperanza
De señalar su brazo en el asalto;
Pero Mendo les dice: «Amigos, alto;
Tened más sangre fría, más paciencia;
No por falta de ardor los generales
Sufrieron las derrotas más fatales;
Por falta, sí, de juicio y de prudencia,
No podeis subir todos.
En las batallas por diversos modos
Se adquiere eterna gloria:
Lo mismo contribuye á la victoria
El que mantiene un puesto interesante,
Que el que pelea con furor violento.
Echemos suertes, que yo estoy contento
Con ser de vuestro honor participante,
Aunque la mia sea la tercera
Y me toque teneros la escalera.»
Dijo; y tomando con vigor del suelo
Una paja de avena, allí traída
Sin duda por el cielo,
Y en partes desiguales dividida,
Presentóla á los dos; ellos sacaron
La suya cada cual con mano tardía;
Que teme y tiembla quien su dicha aguarda.
Las pajas al momento examinaron;
A Pardo le tocó la primer suerte;
Todos lo celebraron,
Pues era Pardo fuerte,
Su color á su nombre semejante,
Y con un corazón como el diamante,
Ni baile de candil ni broma alguna
De aquellas que aun no ve la opaca luna,
Se forjaron jamás sin su asistencia;
A todas las honró con su presencia,
En ellas se le halló siempre el primero,
Y sólo al retirarse fué el postrero.
La segunda de Mendo fué, y por poco
El inmenso placer lo vuelve loco;
Pues á pesar del juicio que mostraba,
Y prudencia que tanto aconsejaba,
Más que nadie era osado y atrevido.
Sólo Nuño quedó triste, abatido,
Baja la vista, con rubor la cara,
Por serle la fortuna tan avara.
Reconcentró el dolor dentro del pecho,
Tomó la escala, la apoyó en el muro,
Apartóla algun trecho
Y púsola en seguro,
Y en tanto que en silencio la tenía,
El gran Pardo subía,
Y á muy corta distancia
El formidable Mendo le seguía,
Mostrando en los semblantes su arrogancia.
Los escalones últimos pisaban,
Y al balcón deseado no llegaban;
El arte colocóla á tal altura,
Que intentarlo alcanzar era locura.
En tanto aprieto, Pardo, vuelto al cielo,
Exclamó con dolor y desconsuelo:
«Oh deidad que inspiraste á la gran Quica
Este descomunal horrible intento,
Tu dulce oído aplica.
Escucha mi dolor, ve mi tormento,
E inspiranos un medio que bastante
Sea para salir con la victoria,
Que con esfuerzo y ánimo constante
Emprendimos, llevados de la gloria;
Si no, Deidad, te juro.....»
La Presuncion oyó su triste queja
Desde la cima de la postrer teja
De la casa de Tirsa, que allí estaba,
Que otro puesto más alto no encontraba;
Moviola el corazón, y más que todo,
El fuerte juramento, pues temía
Que excediese en el modo
Al que hacer por la Estigia se solía.
Bajó por un momento, redeóle,

Y el remedio inspiróle
Para la fiera angustia que tenía.
Pardo al punto deslía
La gran faja que ciñe su cintura,
De aquellas que en Granada se trabajan;
Toma una punta Mendo, la asegura,
La otra al aire la tiran, y la encajan
Entre los hierros del balcón, de suerte
Que pasa y baja sin pararse un punto,
Y Pardo, que lo advierte,
Siente animarse el corazón difunto,
La coge, la da á Mendo,
Y le dice: «En tus manos encomiendo
El principio de empresa tan osada.»
Mendo, que nunca se aterró de nada,
Reune los dos cabos, con presteza
Por ellos se encarama, como suele
El ágil gurutete cuando empieza
Con fuertes golpes á cambiarse el viento,
Y al navio compele
A un peligroso extraño movimiento,
Que iza las velas, los juanetes muda,
Tira, recoge, pliega, envuelve, ayuda.
Pardo le sigue con igual soltura,
Y al momento se encuentran en la altura.
Entonces Pardo el pedernal hiriendo
Con el fuerte eslabon, chispas saltaron;
El balcón á sus luces registraron
Con presta vista, sin causar estruendo.
Contemplan colocados en hilera
Tiestos de Talavera,
Blancos y azules, sobre todo finos,
Muy semejantes á los vasos chinos,
Y que encima con gracia descollaban
Las prodigiosas rosas que buscaban.
A su vista encendiése su ardimiento,
Y sacando cuchillos cortadores,
Empiezan al momento
A ejercer sus furores,
Como cuando el valiente don Quijote
Acometió al retablo, enfurecido,
Al mirar que á Gaiéros más que á troto
Perseguían los moros, con gran ruido
De añafles, dulzainas y tambores,
Mezclados de alaridos y clamores;
Y soberbio, y colérico, y rabioso,
En medio de la bárbara canalla
Arrojóse con ímpetu furioso,
Trabando desde luego la batalla
Con la espada feroz, que parecía
Un rayo que del cielo descendía,
Y á diestro y á siniestro repartiendo
Golpes, reveses, tajos, cuchilladas,
Caían los contrarios con estruendo
En diversas figuras mutiladas,
Quién sin piés, quién sin ojos, quién hendido,
Y quién en varios trozos dividido.
No de otro modo con feroz denuedo
Rompen los tallos de las frescas rosas;
No les causa pavor, no infunden miedo
A sus terribles almas belicosas
Ni las hondas raíces poderosas,
Ni los pinchos agudos
Que en torno las defienden y rodean,
Pues sus brazos membrudos
Tronzan y arrancan, rajan y pelean.
Yace aquí por el suelo destrozada
Una rosa en extremo delicada,
Con las pintadas hojas esparcidas,
Que el aire agita con impulso leve;
Allí están en pedazos divididas,
Tanto que á lloro su desgracia mueve,
Mil reinas de las flores,
Ajados sus colores,
Perdida su fragancia
Y humillada ya toda su arrogancia.
Más allá cien capullos, separados
De sus vástagos tiernos todavía
Y sin sazón cortados;
Ufano cada cual se prometía
Desplegar con el tiempo su hermosura,
Y con pompa ostentando su frescura,

Sus matices variados y exquisitos,
Conseguir dar envidias á infinitos
Por verse colocado en algun pecho
De Amor querido y por las Gracias hecho;
Mas ¡ay Dios! que la mano destructora
De Pardo tan osados pensamientos
Desbarató en un hora,
Y dispersos sus débiles fragmentos,
Sólo causan ahora
Un profundo dolor, triste agonía,
Más adelante roto se veía
Un poderoso arbusto,
Que él sólo se creía
Resistir al ejército robusto;
Sus punzantes espinas oponía;
Ya los dos campeones desmayaban,
Ya la sangre caliente
Que de sus fuertes dedos derramaban,
Empzaba á enfriar su ánimo ardiente,
Cuando Mendo, los brazos levantados,
Estas palabras dirigió á los cielos:
«Este fin reservado á mis anhelos
Estaba por los hados?
¿Por qué me disteis ánimo atrevido,
Si por un enemigo tan pequeño
Debía ser vencido?
Dadme vigor; si no, rompéd el sueño
De Tirsa, haciendo vea los despojos;
Que más vale morir en este caso
Al relámpago activo de sus ojos,
Que no mirarme de vigor escaso
Y salir con vergüenza de una empresa
Que creí terminada bien aprisa.»
Dijo, y sintióse el afligido pecho
Con un divino ardor fortalecido;
Arrojase al contrario, en lazo estrecho
Lo mantiene gran trecho
Por el vástago asido;
Mas, de tanto tardar desesperado,
En alto levantando la maceta,
A la calle la tira sin cuidado.
¡Pobre Nuño! Si un poco se desguada,
Esta es la postrer noche de su vida.
En tanto que esto pasa,
Andan en torno el Chisme y el Desvelo
En busca de la casa,
Mas no pueden lograr su ardiente anhelo
Por el cerco que tiene de visiones,
Por lo cual los valientes campeones
Llevan á cabo la tremenda hazaña
Con una prontitud jamás oída.
Revienta el Chisme de despecho y saña,
Y el Desvelo ya mira por perdida
La empresa proyectada,
Pues no encuentran la alcoba deseada.
Mas ocurle al Chisme un pensamiento,
Que le da nuevo ardor y nuevo aliento.
Dice, pues, al Desvelo:
«No todo se ha perdido; aun quiere el cielo
Que esta noche alcancemos la victoria,
La senda de la gloria
Es estrecha y difícil de subirse;
No hay, amigo Desvelo, que afligirse,
¿Conoces á Berardo,
Aquel joven gallardo
De ronca voz y corazón devoto,
Que por un santo y fervoroso voto
Tiene encargo y gobierno
Del piadoso rosario de la Aurora,
Despertador eterno
De los que asisten en aquella hora?
Pues mira en ése el fris, que nos muestra
El cielo favorable
Para la empresa nuestra.
Mejor ninguno para el caso es dable.
Vamos luego á buscarle; que confío
Salga adelante el pensamiento mio.»
Dijo, y batiendo las sonantes alas,
Él y el Desvelo parten como balas,
Y despues de mil vueltas y rodeos
Encuentran el alivio á sus deseos,
La casa de Berardo; allí reposa

En un lecho modesto
Al lado de su esposa,
No imaginando despertar tan presto.
Pero la hueste voladora y brava
Una sangrienta lid horrenda traba
Contra el pobre dormido,
Y él, del fuerte aguijon viéndose herido,
Sacude el tardo sueño
Con disgustado ceño;
Arrójase del lecho, y aturdido,
Creyendo que ya es tiempo del rosario,
Agarra la molesta
Campana, sale, y á moler se apresta
A todo el soñoliento vecindario.
Su destemplada voz, su ronco acento,
De un continuo repique acompañados,
Alteran muchos pechos sosegados
E interrumpen tal vez algun contento;
Y alguna alma *pacata*
De encogida doncella ó de beata,
Al bronco són del áspero instrumento,
Cree ver mil visiones,
Como brujas, encantos, procesiones;
Pero Berardo, activo y fervoroso,
Alza la voz y con furor replica;
Ni calle, ni calleja, arco, ni coso,
Ni puerta grande ó chica
Hubo que sus endechas no escuchase.
El Desvelo quería que llegase
A la casa de Tirsa, y descubriendo
El hurto de las rosas estupendo,
Toda la vecindad se despertase,
Y así guía sus pasos hácia donde
La Presuncion se esconde.
Descuidados estaban los valientes,
Y ufanos del honor de la victoria,
Cantaban ya la gloria,
Y á bajarse empezaban diligentes,
Cuando la escasa luz de la linterna
Que Berardo gobierna,
Hiere sus ojos y su pecho agita;
Nuño del muro la escalera quita,
Colócala en el suelo
Tan pronto, que por poco precipita
A Mendo, de la suerte
Que el joven que encendió la tierra y cielo,
Por querer gobernar con mano osada
La carroza inflamada
Que trae y lleva el día.
Hubiéranle llorado
Mil muchachas graciosas,
Y en los futuros siglos se diría
A Mendo *Fuente de las rosas*;
Mas no le tiene el hado
Un tan fatal renombre destinado.
En su pecho animoso
Tal vigor se conserva,
Que de todo peligro le reserva,
Por terrible que sea y horroroso;
Y así, al faltarle el pié, no se desmaya,
Pues de mil modos su vigor ensaya;
Ya firme del balcón los hierros tiene,
Y colgado en el aire se sostiene,
Cual suele descolgarse por su peso
Entre las hojas el racimo espeso,
Sin que el pezon delgado
Sea roto por él ó quebrantado;
Ya cual la verde yedra,
Que en duro tronco ó piedra
Se afirma estrechamente,
Con piernas y con brazos el valiente
Se ase, se agarra, se une y se asegura,
Pardo le imita, y esconder procura
Su cuerpo cada cual del enemigo.
A ser iba Berardo ya testigo
De aquel robo fatal, ya se acercaba,
Y la horrenda campana retumbaba
Con temeroso són en los oídos
De los tres agachados y escondidos;
Y á pesar del valor, del gran denuedo
Que mostraban en todas ocasiones,
Temblaban los varones,